

EDITORIAL

LA ENSEÑANZA DE LA ONCOLOGIA

Probablemente uno de los mejores índices para juzgar del nivel de conocimientos médicos que se tienen acerca de una rama o especialidad cualquiera de nuestra profesión, lo constituya el éxito terapéutico.

Es éste, sin embargo, función de un abigarrado complejo de factores: naturaleza del padecimiento, historia natural de la enfermedad no tratada, medio ambiente (educación, estado economicosocial, etc.), y disponibilidad de los medios adecuados para el tratamiento. Así, si el padecimiento es de naturaleza benigna, si su evolución espontánea es la más de las veces hacia la curación, si se desenvuelve dentro de un cuadro economicosocial favorable en lo que hace a higiene general, circunstancia ecológica, posibilidades económicas, y si el médico cuenta con los medios de tratamiento reconocidos como eficaces, es obvio que el éxito seguirá, en forma obligada, a los intentos terapéuticos.

Ahora bien, ¿es este el caso en los padecimientos tumorales? ¿Es la oncología —eufemismo feliz para nombrar libremente al cáncer— una especialidad la mayoría de cuyos casos queden comprendidos dentro del agradable marco arriba descrito? Si bien hay tumores benignos, la índole general del fenómeno neoplásico no lo es, y sus mecanismos íntimos aún se nos escapan. ¿Es general, el conocimiento a fondo de la biología intrínseca de todo tipo de cáncer? Los fracasos en su manejo nos inclinan por la negativa. Hay, además, factores ambientales que obran en forma deletérea: bajo nivel educacional, penuria en la inmensa mayoría de los enfermos, mala higiene que puede ser factor contribuyente a la instauración de un cáncer, como ocurre en el que más frecuentemente se observa en la mujer mexicana: el cáncer del cérvix. Y, por último, los medios terapéuticos útiles en el tratamiento del cáncer, ¿están al alcance, si no de todos, por lo menos de la mayoría de nuestros médicos? En el mejor de los casos, sólo uno de ellos: la Cirugía. La radiación, la otra arma curativa, limitada por el alto costo del material, equipo e instalaciones que requiere, está confinada a los grandes centros urbanos

y dentro de ellos, a las instituciones especializadas. Resultado práctico: poco y superficial, si no es que totalmente ausente, conocimiento de sus ventajas, indicaciones, riesgos e inconvenientes entre los no especialistas.

Este cuadro, no muy estimulante, del bajo nivel general de información profesional, repercute, y de manera muy desfavorable, en el porvenir de los enfermos que, en la fase inicial de su padecimiento y cuando éste tiene máximas posibilidades de curación, no son manejados adecuadamente. Y con esto el pronóstico se hace particularmente grave, e incuestionablemente por contribución iatrogénica.

En un esfuerzo para tratar de elevar el nivel de los conocimientos oncológicos fundamentales, y aun medios, diversas organizaciones, agencias gubernamentales, universitarias, etc., han organizado, impartido, difundido o impreso mesas redondas, cursillos, panfletos de divulgación y aun libros y cursos de "estudios superiores" con miras a otorgamiento de grado académico. El panorama general, sin embargo, ha permanecido prácticamente inalterado, pues si bien es cierto que algunos médicos, en algunas instituciones, en algunas localidades, han elevado en forma importante la altura de sus conocimientos, este hecho positivo queda diluido hasta ser absolutamente insignificante dentro del cuadro nacional.

Esto debe interpretarse como que tales conocimientos han llegado a demasiado pocos médicos y demasiado tarde en su formación profesional y que el graduado (¿intereses creados?, ¿necesidades personales?, ¿medio ambiente?), no es el punto crítico adecuado para enfocar el problema. Como resultado de las observaciones que me han llevado a este análisis creo firmemente que tan solo mediante la incorporación, la reincorporación o el reforzamiento —según el caso para cada escuela de Medicina del país— de la enseñanza de la Oncología a los respectivos currículos escolares se logrará obliterar ese alarmante defecto en la información profesional y que se traduce, estadísticamente y en casi todas las capas economicosociales de nuestros enfermos, en tan alta mortalidad y tan deplorable sobrevivencia en un elevado número de pacientes que, originalmente, estuvieran dentro del grupo salvable de cancerosos que son curables en elevada proporción si se les trata tempestiva y adecuadamente.

No creo exagerado el afirmar que en más de la mitad ("grosso modo", un 60 por ciento) de los enfermos que acuden a la consulta inicial de la Unidad de Oncología del Hospital General de la S.S.A., después de haber sufrido, en cualquier forma, interferencia por otros médicos, dentro o fuera de instituciones no especializadas, se ha cometido un error de manejo trascendente: dilación en el establecimiento de un diagnóstico, exámenes incompletos, operaciones insuficientes, biopsias contraindicadas, etc.

Me parece que compete a nuestra Corporación, en tanto que Organo Consultivo del Gobierno, hacer una legitima presión para que esta situación —difícilmente corregible ya en el graduado— no continúe repitiéndose, tratando de que la instrucción oncológica se imparta en el nivel básico en el que podrá encontrar el mejor terreno y tener la mayor repercusión: en el pregraduado. Esto es, esforzándose porque la Oncología quede incorporada permanentemente al currículo escolar.

DR. HORACIO ZALCE.
